



CORREO DE C.E.F.Y.L.

Publicación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

Año I — Buenos Aires, Junio de 1962 — N° 1 — Precio m\$. 15.—

EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL

por Paúl Barán

● ¿Qué es un intelectual? La respuesta más obvia parecería ser la siguiente: una persona que trabaja con su intelecto, que depende para su subsistencia (o, si no ha de preocuparse de estas cosas, para la satisfacción de sus intereses) de su cerebro en vez de músculos. Pero aunque simple y directa, esta definición sería considerada generalmente como bastante inadecuada. Si es cierto que corresponde a todos aquellos que no participan de un trabajo físico, no concuerda claramente con lo que comúnmente expresa el vocablo "intelectual". En la conciencia pública existe una noción distinta que abarca a cierta categoría de personas que componen un estrato más limitado que la totalidad de los que "trabajan con el cerebro".

No es ésta una discusión puramente terminológica. La existencia de estos conceptos diferentes refleja una condición social actual, cuya comprensión nos puede llevar lejos hacia una mejor apreciación del lugar y la función del intelectual en la sociedad. La primera definición, aunque amplia, se refiere acertadamente a un grupo mayoritario de personas que integran un sector importante de la sociedad: aquellos que trabajan con la mente más bien que con los músculos y que viven de su ingenio más bien que de sus manos. Llamemos a éstos

EDITORIAL

El Correo de Cefyl, nace a la vida universitaria, para ocupar un puesto más en la larga lucha del estudiantado que se ha unido, y que ha levantado su bandera ante los problemas de la Universidad y de la cultura a la que pertenece.

El Correo de Cefyl surge de una unión y es asimismo esfuerzo de unión. Es una barricada, un constructor, una acción más de la Reforma Universitaria.

Sale en momentos trágicos, para el país. Momentos en los que se necesita más que nunca, un frente de estudiantes concientes de su lucha, responsables de sus actitudes ante el fracaso de las instituciones y decididos a dar todo en una acción positiva, desde esta Facultad que es nuestro puesto de batalla, pero constantemente integrados en el proceso social.

No levantaremos la bandera de un egoísmo estudiantil, que sólo reacciona ante la posibilidad de "molestias personales".

La lucha está en todos, en todas las mañanas y en todas las manos.

Este periódico nace de un grupo de estudiantes que le dan su fuerza primera. Pero para que subsista como "nuestro", para que mantenga una dinámica y para que pueda cumplir con la misión que se impone; necesita de sus estudiantes. Los necesita, para ser expresión auténtica, para no ser la expresión de un grupo. Nosotros trataremos de llegar a todos desde nuestras páginas. Que todos traten de llegar a nosotros; para eso las mantendremos abiertas. Que el Correo de Cefyl sea un diario, una voz y un fusil. Pero sólo podrá serlo si lo poseemos en la acción.

Será la expresión de los que luchan y de los que quieren luchar.

Todo ser humano tiene su lucha y comparte una lucha; estas se involucran en la unidad del hombre.

C.E.F.Y.L. Federación Universitaria de Bs. Aires
Viamonte 430. Subsuelo. Capital Federal

Redacción:

Encargado de Redacción: Eduardo Morando.
Redactores: Ana María Caruso, Raquel Ferrario,

Oswaldo Calatati.

Traducciones: Delia Begué.

Impresión, Diagramación y Archivo:

Encargado: Ricardo Pochtar.

Diagramador: Carlos Rodríguez.

Administración y Difusión: (provisorio)

Encargada: Ana María Caruso.

Difusión exterior: Delia Begué.

sociedad. La primera definición, aunque amplia, se refiere acertadamente a un grupo mayoritario de personas que integran un sector importante de la sociedad: aquellos que trabajan con la mente más bien que con los músculos y que viven de su ingenio más bien que de sus manos. Llamemos a éstos, "trabajadores intelectuales". Son los hombres de negocios, los ejecutivos de las corporaciones, los proveedores de "cultura", los especuladores de bolsa y los profesores universitarios. Nada tiene de desagradable esta agrupación, no más que la noción de "todos los americanos" o la de "todos los que fuman una pipa". La proliferación constante de ese grupo de trabajadores intelectuales es uno de los resultados más espectaculares del desarrollo histórico. Refleja un aspecto decisivamente importante de la división social del trabajo, que comienza con la temprana cristalización de una clerecía profesional que alcanzará su auge bajo el capitalismo avanzado, es decir, la separación de la actividad mental de la manual, del hombre de cuello blanco del hombre de camisa azul.

Tanto las causas como las consecuencias de esta separación son complejas y penetrantes. Esta separación ha sido posible por una continua expansión de la productividad, a la que ha contribuido poderosamente. Se ha convertido, a su vez, en uno de los aspectos principales de la desintegración del individuo, de aquello que Marx llamaba "la enajenación del hombre de sí mismo". Se evidencia esta enajenación no sólo sobre el armonioso desarrollo y crecimiento del individuo —efecto que no es mitigado sino más bien subrayado por el hecho de que el trabajador intelectual participa de algún "ejercicio" y el trabajador manual de la "cultura"— sino también en la radical polarización de la sociedad en dos bandos que se excluyen mutuamente. Esta polarización, que atraviesa el campo antagónico de las "clases" sociales, provoca una densa niebla ideológica que oscurece los genuinos requerimientos ante la sociedad y crea problemas tan falsos y cismas tan destructivos como los que resultan del prejuicio racial o de la superstición religiosa; ya que todos los trabajadores intelectuales tienen un interés en común: el no verse rebajados a un trabajo manual más oneroso, menos remunerativo y —como son los que establecen las normas de respetabilidad— menos

Será la expresión de los que luchan y de los que quieren luchar.

Todo ser humano tiene su lucha y comparte una lucha; estas se involucran en la unidad del hombre.

Los pasivos por pasivos, no se expresan. La expresión se da únicamente en la

lucha. Nos fijamos una misión que

Que lo impartan.

El triunfo del Correo de Cefyl conre lo, será el triunfo de los estudiantes de Filosofía y Letras como seres humanos que sienten y piensan y que legan su expresión en la realidad.

Su fracaso también será el de los estudiantes que lo dejaron fracasar.

Pertenecemos a una sociedad que cae y huye en su caída de toda exigencia. Pertenecemos a una sociedad que dura y que la obligan a durar en su caída. Somos parte una sociedad que desconoce su deber histórico. Pero somos conscientes de esa negación, de ese caer, de la tristeza de esa huida. La vivencia de esta realidad nos obliga a asumirla como hombres. Y para asumirla, el único camino está en abrirle la camisa al sol y morderlo en pleno pecho.

LA REDACCION

respetables. Llevados por este interés, tienden a fundamentar su propia posición, a exagerar la dificultad de su labor y la complejidad de la pericia requerida, a estimar en demasía la importancia de la educación formal, de los títulos académicos, etc. Y al tratar de proteger su posición, están en contra del trabajo manual y se identifican con los trabajadores intelectuales que forman la clase gobernante, aliándose así con el orden social que ha establecido su estado legal y que ha creado y protegido sus privilegios.

De esta manera, bajo el capitalismo, el trabajador intelectual es típicamente el leal servidor, el agente, el funcionario y el vocero del sistema capitalista. Da por sentado el orden existente y solamente pone en entredicho este estado de cosas dentro del mundillo limitado de su propia preocupación. Quizá no esté satisfecho con el nivel de los costos de la fábrica que posee, dirige o en la que está empleado e intenta rebajarlos. Quizá le den la tarea de "vender" a la opinión pública una nueva marca de jabón o un candidato político, lo que hará con cuidado y celo científico. Quizá no esté contento con el actual conocimien-

to de la estructura del átomo y por lo tanto dedicará energías prodigiosas y talento para descubrir modos y medios de ampliarlo.

Podemos estar tentados a llamarlo un "técnico", pero ello puede llevarnos a malas interpretaciones. Como presidente de una corporación, quizá tome graves decisiones que afectan la economía nacional, así como el trabajo y la vida de miles de obreros. Como funcionario destacado del gobierno, quizá influya poderosamente en el curso de los acontecimientos mundiales. Como director de alguna importante organización o fundación científica, quizá determine la dirección y los métodos de investigación de gran número de científicos durante largo tiempo. Evidentemente todo esto no es lo que queremos decir con "técnico", que define corrientemente a los individuos cuya tarea no es formular una política sino llevarla a cabo, no delinear los planos sino atender a los detalles pequeños. Sin embargo, el término "técnico" se aproxima más a una definición de la naturaleza del trabajador "intelectual" que lo sugiere el uso común de la palabra.

respetables. Llevados por este interés, tienden a fundamentar su propia posición, a exagerar la dificultad de su labor y la complejidad de la pericia requerida, a estimar en demasía la importancia de la educación formal, de los títulos académicos, etc. Y al tratar de proteger su posición, están en contra del trabajo manual y se identifican con los trabajadores intelectuales loca ladrillos en la construcción de una pared. Formulándolo en términos negativos, el trabajador intelectual como tal no toma conciencia del significado de su trabajo, su importancia, su lugar dentro del marco general de la actividad social. Es decir, no tiene que ver con la relación entre el sector de esfuerzo humano en el que por casualidad trabaja y otros sectores y la totalidad del proceso histórico. Su consigna "natural" es la de no meterse en asuntos ajenos; si es conciente y ambicioso, la de ser tan eficiente y próspero como sea posible. En cuanto a lo demás, dejen que los otros también se ocupen de lo suyo, sea lo que sea! Acostumbrado a pensar en términos de entrenamiento, experiencia y aptitud, el trabajador intelectual considera el ocuparse de problemas del conjunto como una especialidad entre tantas. Para él, representa el "campo" de los filósofos, de los funcionarios religiosos o de los políticos, de igual manera que la "cultura" y los "valores" es asunto de los poetas, artistas y sabios.

No quiere esto decir que todo trabajador intelectual se formule explícitamente y mantenga concientemente esta opinión. Sin embargo, él tiene, casi diríamos, una afinidad instintiva con las teorías que incorporan y racionalizan este punto de vista. Una de ellas es aquella que se deriva del concepto respetado y muy conocido de Adam Smith según el cual: el que cultiva su propio jardín, contribuye mejor a que florezcan los jardines ajenos. A la luz de esta filosofía, la preocupación por la generalidad de los ciudadanos se desplaza del centro de preocupación del individuo y solamente lo afecta, si en algo, de manera marginal. La influencia y la fuerza de esta filosofía es el fruto de una verdad muy importante que ella imparte: bajo el capitalismo el individuo se enfrenta al conjunto en la forma de un proceso, irresistiblemente objetificado, e impulsado irracionalmente por fuerzas oscuras que él es incapaz de comprender y menos aún de influir.

La otra teoría que refleja la condición y satisface los requerimientos del trabajador intelectual es la noción de la separación de los medios de los fines, del divorcio entre la ciencia y la tecnología, de una parte,

tal y lo distingue de los trabajadores intelectuales y en efecto de todos, es el hecho de que su preocupación con el proceso histórico en conjunto no es un interés tangible sino que impregna su pensamiento y afecta significativamente su trabajo. Ciertamente, esto no quiere decir que el intelectual en su actividad diaria esté empeñado en el estudio de todo el desarrollo histórico. Esto sería imposible. Mas lo que sí significa es que el intelectual está sistemáticamente buscando relacionar cualquier área específica en que esté trabajando con otros aspectos de la existencia humana. En realidad, para los trabajadores intelectuales, que operan dentro del marco de instituciones capitalistas y sumergidos en la ideología y la cultura burguesas, es precisamente este esfuerzo por relacionar las cosas el que parece necesariamente radicar en compartimentos estrictamente separados del concimiento y del trabajo de la sociedad. Es este esfuerzo por encontrar las relaciones lo que constituye una de las características más destacadas del intelectual. Es asimismo este esfuerzo lo que identifica una de las funciones principales del intelectual en la sociedad: servir de símbolo y recordatorio del hecho fundamental de que las partes, al parecer, autónomas, dispares y desarticuladas de la existencia social bajo el capitalismo —la literatura, el arte, la política, el orden económico, la ciencia, la condición cultural y psíquica del pueblo— pueden ser comprendidas e influidas solamente en la medida en que sean visualizadas como componentes de la totalidad integrante del proceso histórico.

Este principio de "la verdad es la totalidad" —para emplear una expresión de Hegel— conlleva, a su vez, la necesidad ineludible de rechazar el aceptar como un dato, o de tratar como si fuera inmune al análisis, cualquier parte de la totalidad. Ya está relacionada la investigación con el desempleo en algún país, el retraso y la miseria en otro, el estado actual de la educación o el desarrollo de la ciencia en alguna otra época, no puede darse por sentado ninguna serie de condiciones prevalecientes en una sociedad ni puede admitirse el considerar a ninguna como "extra-territorial". Tampoco puede admitirse el abstenerse de exponer claramente las relaciones complejas entre cualquier fenómeno que ocurra en un momento dado y lo que es indudablemente el centro del proceso histórico: la dinámica y la evolución del orden social mismo.

Más importante todavía es comprender las implicaciones de la práctica, cultivada estudiosamente por los ideólogos burgueses, de considerar los llamados

estado dedicando su energía y talento a la invención y perfeccionamiento de los medios de la guerra bacteriológica.

Pero podría objetarse aquí que estoy eludiendo la cuestión y que el asunto surge precisamente a causa de la imposibilidad de deducir por medio de la evidencia y de la lógica, únicamente, cualquier declaración en cuanto a lo que es bueno o malo o, en cuanto a lo que contribuye, en vez de impedir, el bienestar humano. Cualquiera que sea la fuerza de este argumento, en realidad está de más. Puede aceptarse de inmediato que no hay posibilidad alguna de llegar a un juicio sobre lo que es bueno o malo para el progreso humano y que fuese absolutamente válido a pesar del problema del tiempo y del espacio. Mas tal juicio, absoluto y universalmente aplicable, es lo que podríamos llamar un falso objetivo; insistir en que es indispensable es un aspecto de la ideología reaccionaria. La verdad es que lo que constituye una oportunidad para el progreso humano, para el mejoramiento del hombre y también lo que conduce o va en detrimento de su realización, difiere en el transcurso de la historia de un período a otro y de una parte del mundo a otra. Las cuestiones en cuanto a qué juicios son necesarios nunca han sido abstractas, o, especulativas en relación al "bien" o al "mal" en general. Siempre han sido cuestiones concretas, puestas en la agenda de la sociedad debido a las tensiones, contradicciones y constelaciones cambiantes del proceso histórico. Y en ninguna época ha existido la posibilidad o la necesidad de llegar a soluciones absolutamente válidas. En todos los tiempos, existe el reto a emplear la sabiduría acumulada, el conocimiento y la experiencia de la humanidad para alcanzar una aproximación lo más cercana posible a lo que es la mejor solución bajo las condiciones prevalecientes.

Mas si vamos a seguir la conducta de los "abstencionistas", de los "éticamente neutralistas", entonces rechazaríamos precisamente ese estrato en la sociedad que tiene (o debería tener) el más amplio conocimiento, la educación más comprensiva y la mayor posibilidad para explorar y asimilar la experiencia histórica y de impartir a la sociedad aquella orientación humana e inteligente que puede obtenerse en cada encuentro concreto de la jornada histórica. Si como dijo un eminente economista recientemente, "todas las opiniones posibles pesan tanto, o menos, que las mías", entonces ¿cuál es la contribución que los científicos y los trabajadores intelectuales están dispuestos y pueden dar al bienestar de la sociedad? La

La otra teoría que refleja la condición y satisface los requerimientos del trabajador intelectual es la noción de la separación de los medios de los fines, del divorcio entre la ciencia y la tecnología, de una parte, y la ~~de la ciencia y los valores~~ de otra

No es necesario decir que "abstenerse" conduce en la práctica a la misma actitud que el "no meterse en asuntos ajenos" de Smith. Es en realidad la misma cosa con diferente nombre. Esencialmente, esta actitud no varía frente a la disposición aceptada ahora de confiar en el gobierno más bien que en los principios del *laissez-faire* (de *jar* hacer), de sustituir por la mano invisible de Dios, la mano más obvia si no necesariamente más benéfica del estado capitalista. El resultado es el mismo: la preocupación por la generalidad de los ciudadanos se torna ajena al individuo y al dejarle esta preocupación a otros, él eo ipso acepta la estructura existente del conjunto como un dato y se suscribe al criterio prevaleciente de racionalidad, a los valores dominantes y a los reglamentos socialmente impuestos de eficacia, logro y éxito.

2

Más importante todavía es comprender las implicaciones de la práctica, cultivada estudiosamente por los ideólogos burgueses, de considerar los llamados "valores" que el pueblo sostiene como algo que está

ción humana e inteligente que puede obtenerse en cada encuentro concreto de la jornada histórica. Si como dijo un eminente economista recientemente, "todas las opiniones posibles pesan tanto, o menos, que las nías", entonces ¿cuál es la contribución que los científicos y los trabajadores intelectuales están dispuestos y pueden dar al bienestar de la sociedad? La respuesta, es decir el "cómo hacerlo", a la realización de cualquiera de los objetivos que la sociedad pueda elegir es insatisfecha. Pues, ¿se sabe ya? Ante que las "elecciones" que hace una sociedad no se hacen de milagro y que esta sociedad es guiada en sus "elecciones" por la ideología generada por el orden social que existe en determinada época; y que esta sociedad es engatusada, atemorizada y forzada a otras "elecciones" por los intereses que están en posición de poder engatusar, atemorizar y forzar. Cuando el trabajador intelectual se abstiene de tratar de influir en el resultado de estas "elecciones" está lejos de dejar un vacío en el área de la formación de "valores". Simplemente abandona este campo vital a los charlatanes, bandidos y otros cuyas intenciones y designios participan de todo menos de humanitarismo.

Sobre esta cuestión el intelectual no puede transi-